

HERMES

Revista estacional de Poesía

Dirigen, coordinan y editan María Antonia Ricas y Jesús Pino

BEATRIZ VILLACAÑAS
MARIANO CALVO
MARIO PAOLETTI
M^a CRISTINA SÁNCHEZ LÓPEZ
JESÚS DÍAZ-ROPERO
M^a ANTONIA RICAS
JESÚS PINO
JOAQUÍN COPEIRO
JUAN MARTÍNEZ COPEIRO
MARÍA SANZ
MANUEL MOYA
JUAN CARLOS PANTOJA
EÑE
LUIS RIAÑO

Dibujos de José Morata, Carmen Medina y Ricardo Martín.

Año II. N° 5. Primavera. 1996

Toledo. Edición Artesanal

¡ cumpleaños feliz !

Gracias a todos los que con su perseverancia han hecho posible que " Hermes " tomara sus biberones, calzara sus botitas, luciera sus jerseys y saliera a pasear en su tacatá. Gracias a sus tíos/as, primos/as, amigos/as, parientes de segundo, tercer y cuarto grado. A sus abuelos/as, a sus hermanos/as. Gracias a Victor y a su basca de Imprenta Toledo, a Juani y sus compañeros de Copimat y a Pili y Petri amazonas de Hojablanca, sin cuyos esfuerzos y paciencias no hubiera sido posible llegar a este segundo año. Gracias a todos los que generosamente habéis participado en la revista; a los que graciosamente habéis comprado sus ejemplares; a los que os habéis reunido en sus estacionales apariciones. A todos, gracias. Sin vosotros, nada sería posible. Con vosotros, continuará volando la Poesía.

Esta edición consta de 100 ejemplares.
Se terminó de confeccionar el día 8 de
Marzo, festividad de San Juan de Dios.
Depósito Legal: T0/ 654/1995
ISSN: 1135-4801



E. H. H. H.

**PARA AQUEL ZOÓLOGO ALEMÁN QUE
BUSCABA ANIMALES MONSTRUOSOS.**

La ciencia pudo ser el arma de tus manos,
tu instrumento. Pretexto:
La magia era tu meta, perseguiste su savia con la sed
de todos los desiertos,
ávido de esa luz que sólo brota
de la raíz del pozo más oscuro.

Elefante-luciérnaga,
pez que huye por tierra
con pies inexplicables,
y ese animal tan negro, tan feo, tan humano,
que gime y casi llora cuando se le acaricia.

Díme,
ante el horror del monstruo,
¿ sentiste escalofríos ?
¿ te atormentó el placer ?
¿ tuviste pena ?
Quizá llegaste a amar, acaso, digo,
el labio leporino de aquel pájaro
o el corazón sufriente del bicéfalo
y viste en ellos al hijo indescifrable del dolor
con tus gafas del siglo diecinueve.

Diste a esa frente tuya que escalaba
las cumbres más nietzscheanas
un tenebroso oficio,
en ello te hermanaste con todos los poetas,
porque es el monstruo
el misterio profundo de la vida.

MUERTE DE UN ESQUIADOR

Tenía veinte años. Era austriaco.
Su corazón saltó
(¿ acaso no era un pájaro ?)
por encima del peso de su cuerpo
y alcanzó
en un instante
la soledad purísima de todas las alturas.

¡ Qué vertical miseria se empeñó en arrastrarte
hacia el rencor del suelo,
ese canalla de violencia inmóvil !
Los hondos ojos ciegos de la noche,
poderosos imanes
que se tragan la luz ávidamente,
conjuraron el sueño del silencio más largo
para ti,
que lograste llegar
donde los espejismos de todos se entrelazan
y tocaste las alas de los ángeles.

Acercaste tu boca
a los labios del viento de las cumbres,
te reencarnaste en Ícaro,
y en un instante efímero y eterno
no sentiste ninguna nostalgia de la tierra.
Pero la física, tan celosa guardiana de sus leyes
y grosera en sus formas,
se vengó de tu vuelo como una bruja obscena,
te hizo marioneta de hilos invisibles
desprendidos de las manos de Dios.

Y la nieve
comulgó con tu sangre esa mañana.

SOLO DE TROMPETA

La soledad tiene cuatro silencios,
como los cuatro vientos
y los cuatro caminos.
Es una encrucijada
de verdades oscuras
y de mentiras locas,
y de aquí parten,
para encontrarse nunca,
senderos que van a las estrellas
y a las callejas turbias.

La soledad es un hombre con un abrigo negro
que pide copas en un bar,
sorbiéndose,
deprisa o lentamente,
hasta que se van todos,
que no son para él
más que sombras translúcidas
a través de las cuales
mira sus propios sueños.

La soledad
es un espejo opaco
al que llamamos cuerpo
que puede hacerse añicos
por el golpe de fuerza
de un dolor invisible
sin que nadie lo note.

..//..



La soledad
es un monstruo de millones de caras
que con indiferencia nos persigue
en su enorme sustancia
amorfa y violenta:
cuando le vemos cerca,
casi gemelo
de nuestro propio rostro,
sentimos el vacío
de la mirada colectiva
y cerramos los ojos.

La soledad
es un niño
que teme y necesita
y mira desde abajo,
al hombre incomprensible.
Lo mismo que nosotros
desde la vida
a Dios.

&

**NO SON ALAS:
ES TAN SÓLO UN PIANO**

Los pájaros son el recuerdo cotidiano
de la atadura que nos une a la tierra
diariamente.

Son el espejo en el que se refleja
esa distancia, siempre irreconciliable,
del hombre con su piel.

Ellos
son ese sueño cercano e inasible
de crueldad bellísima.
Tiernos e indiferentes,
y desconocedores
de todas las palabras
que inventamos nosotros
para poder volar.

Escucha:
¿ No percibes su corazón acelerado ?
Oye cómo bombea
ese aire que en nosotros se estanca
y se hace pensamiento.

Ellos
reinventan el viento día a día
mientras tú y yo seguimos
intentando entender
el porqué de su vuelo,
que se acerca a llamarnos
y se aleja después.

..//..

Para nosotros
el deseo es un pájaro caído
incapaz ya de atravesar el aire.
Para ellos
nosotros somos la amenaza que se olvida
al recobrar el cielo en un instante.

Míralos allá arriba,
intentemos
hacer de la mirada un ángel redimido
un segundo tan sólo.

Luego,
nuestras pisadas
nos traerán a la tierra nuevamente
y volverán a caer, algunas veces,
como una sombra cargada de muerte silenciosa,
sobre la hormiga,
que sólo mira al suelo.

&

INVENTARIO DE CENIZAS

¿ Recuerdas ?

Fuimos como el musgo olvidado de la Luna,
un nombre en un papel,
la huella anónima
de un cotidiano tránsito sin rostro
por la acera provinciana silenciosa de miedos
y un secreto intuido como niebla rodeándonos.

Era un tiempo como un pozo
en el que nada sabíamos:

La negra mentira,
el silencio blanco,
urdiendo sus enredos claroscuros
proyectaban sus lluvias grises y viscosas
sobre el rebaño cándido
de nuestra fe adolescente.

Ciegos de tanta sombra que genera el engaño,
se nos negaba el alba verde y rosa de la vida,
y el silencio era un compacto cerco sin fisuras
coronándonos la frente de tinieblas,
hundiéndonos el miedo hasta el fondo del hueso.

Y pensativos,
callados,
con el futuro en los ojos,
fuimos paseantes de rabia subterránea
porque otros a lo lejos señalaban
la permanente necesidad de la ignorancia.



Días blancos de hastío,
cuántos pasos hemos dado por estas mismas piedras
sin saber que sobre ellas,
sobre el reflejo cristalino de sus bordes pulidos,
yacieron los cadáveres desparramados por el odio
y sangres coaguladas regaron las acacias
que tantas veces vimos
paseantes reflexivos de minúsculas estrellas
e inspectores
de enormes partículas de polvo importantísimo.

Las calles tendrían aún los ecos
de los últimos pasos en huida
y la costra ocre y densa
de la sangre vertida del penúltimo caído.

Margarita
inauguraba por entonces
los asibles volúmenes de sus pechos florecidos,
caminando sin saberlo
sobre charcos aún frescos de odio remansado,
y tras ella nuestros ojos,
circulares de asombros,
tomando la exacta medida a la experiencia,
ansiándolo todo,
deseando lo infinito
para nuestras rosas,
transparentes mediocridades,
mientras la vida para tantos
se cuarteaba de barrotes
o se descoyuntaba de exilios y distancias.

Metafísica de Dios y agua bendita
rivalizaban por entonces con la piel de las almohadas.

¿ Cuándo fue el día de la gran sorpresa
en que de pronto
vimos un NO pintarrajeado
en los muros del blanco paraíso ?

Nos llegó como un eco de vida y una brisa
erizada de voces amarillas
de rebelión solar y de protesta
y no pudimos volver a la inocencia
de izar los ojos a Dios entre las nubes
ya nunca más:

Nos hallamos en guerra con el hombre,
en guerra con la guerra,
con sólo un libro por arma en la cabeza
y una espada de paz en la palabra,
buscando la verdad por pasillos carcelarios,
por trenes como venas de emigración sangrantes,
por campos de sudor donde aprieta la miseria,
y levantamos su altar sobre las resmas
de papel ciclostilado
sobre el que nunca se posó paloma alguna.

Tuvimos que olvidar lo ya aprendido
y reinventar la vida miedo a miedo
por los rincones de las citas clandestinas,
encadenados de nombres y teléfonos,
con un libro forrado latiendo bajo el brazo
y el periódico aquel
gritando desde el fondo del abrigo.

Nunca supimos de dónde nos nacía
aquella obligación del heroísmo
que empujaba a las calles en día en que el aire
era un aullido largo de sirena
que atravesaba de hielo los corajes
augurándole muertes a la tarde.

Fuimos bandera y voz exigentes de futuro
por las aceras del riesgo y la esperanza
cuando soñar era un brote de osadía intolerable
perseguido por todas las esquinas.

Y unimos nuestras voces,
hombro, brazo y mano solidarios,
al pueblo que pisaba los asfaltos
e inundaba las plazas como un río,
y sentíamos la historia
como un pájaro caído en nuestras manos.

Pero luego
el tiempo se llevó nuestra ilusión en un bolsillo
casi sin darnos cuenta,
y callaron las sirenas,
las voces volvieron a lo profundo del pecho
y la ausencia barrió de silencio las calles.

Vimos surgir manadas de opositores pálidos,
hormigueros de mansos funcionarios
de las cenizas del viejo inconformismo,
y tristes carroñeros de todos los tamaños
hundieron sus hocicos
en las entrañas de los muertos ideales.

Se encendieron los ojos de las altas oficinas
filósofos de márketing sobre moquetas acrílicas
poblaron las almenas del paraíso urbano
disponiendo la urgente
competitividad de nuestras vidas.

Nos llenaron el alma
del erotismo edulcorado de los plásticos
y de felicidad prefabricada
pautada de mensualidades sin salida.

Nos apresaron en las lentas
norias del salario,
en la cíclica rutina
de la espiral diaria hacia la nada,
y cumplimos como dóciles engranajes de cadena
con la esperanza olvidada en el fondo del zapato.

La desilusión es un olvido que nos hace cobardes,
nos adentra hacia confines espesos de pereza
donde imperan los rituales de la indolencia agorera.

Torcimos la frente escarchada de pureza,
sacudimos las plumas de la inocencia última,
y, marcados por el gesto de quien todo lo consiente
porque mira su entorno con ojos extranjeros,
jugamos a observar acodados en la Luna
el proceso imparable
de la amortización de las mitologías
y el flujo de las masas omnívoras y ciegas
entre una confusión de sangre y mercancías.

Ahora ni sabemos quienes somos
en los columpios de un aire sin banderas,
agitados por el dedo del azar.

¿ Recuerdas ?
Hubo un tiempo de silencios
en que nada sabíamos,
en que fuimos como el musgo
de la cara olvidada de la Luna.
Hoy tenemos un sabor de siglos en la boca:
el desencanto es un olvido tan cargado de memoria...

&



C. Lindley

MARIO PAOLETTI

El autorretrato es un privilegio de los pintores. Hay algunos poetas, sin embargo, que suelen incurrir en él de modo explícito, aunque ya se sabe que, de todos modos, buena parte de la poesía tiene más o menos ese mismo origen narcisista. Esta mera constatación no debe ser tomada como una ofensa. César Vallejo, el peruano, escribió en total 255 poemas y todos ellos sobre un único tema: César Vallejo. Pese a ello, es imposible encontrar el menor rastro de vanidad en su obra. Mario Paoletti, poeta argentino radicado desde hace años en Toledo - a la que considera *su* ciudad - es uno de los que entre nosotros practican el autorretrato. He aquí seis de ellos.

AUTORRETRATO Nº 1

Por las mañanas, al despertarme,
me miro el dedo gordo del pie y gozo.
Gozo como un archipreste glotón.
Mi patrona tiene un loro que dice:
" ¡ Ajuá ! ¿ Te fuiste ? Que te vaya bien ".
Soy dulcemente egoísta y no me parece mal.
No creo en los hombres y menos en las mujeres.
Me gustan las muchachitas que se ganan la vida:
a uno le dan ganas de besarle los pies.
No soporto a la mayoría de los niños
porque reconozco en sus rostros las pillerías de los padres.
Me baño todos los días, en invierno y en verano
porque creo que por ahí empieza la higiene mental.
Soy servicial en la medida de lo posible
y siempre que no signifique una molestia excesiva.
Hay quienes me creen un cínico.
Yo me veo pacífico, tímido y solitario.
Creo en el amor sólo cuando estoy triste.
Mi camita es honesta, de una plaza y gracias:
podría usarla el Papa sin ningún reparo.
He pedido que me cremen
para que unas puras cenizas
sean el único rastro de mi limpio paso por la tierra.

Buenos Aires. 1965



AUTORRETRATO DE LOS 35

Soy lo bastante grande para meter miedo
(y eso me ha salvado de muchas pruebas
de resultado dudoso).
Los ojos marrones, como puñaladas,
legado de mi abuela, junto con las cejas.
La nariz semita, un poco a lo Espartaco,
un labio mezquino y el otro generoso.
Las uñas comidas, lamentables,
y la espalda pesada con tendencia al agobio.
Piernas firmes, la única coquetería.
El miembro, respetable.
Pero cada vez menos obediente.

La Rioja (Argentina).1975

AUTORRETRATO DE LOS 37 Y PICO

El Dios que busco no sabe/ no contesta
(y estoy exactamente donde puede encontrarme).
Hubo instantes en que creí que la Puerta se abría,
pero sólo eran trampas del miedo o del cansancio.
Los que nunca dudan me miran de reajo.
Yo remo y callo. Y cuando me canso, descanso.
A veces estoy seguro de que moriré un sábado de
[invierno
mientras esté paseando por el campo.
Tengo canas, mis manos se arrugan.
Adelgazo.

*Cárcel de Sierra Chica.
Argentina. 1977*



AUTORRETRATO DE LOS 42 Y ALGUNOS MESES

Y heme aquí otra vez frente a la Olivetti
como si nada hubiese ocurrido
los árboles con sus ramas, los pájaros en sus nidos.
La Olivetti y yo, hermanitos del alma,
carne y uña, culo y calzoncillo.

Era cierto, tío José:
" la vida tiene más vueltas que una oreja ".
Y hay que bancarse la dialéctica
poniendo cara de hombre de mundo
rictus de inglés que toma su té de las cinco
mientras el universo se cae a pedazos.
Y confiar con indolegable optimismo
que alguna vez nos toque bailar con la más fea.

Cuatro años viviendo de memoria
lejos del mundanal ruido,
a dos milímetros de la locura y el suicidio.

..//..

Cuatro años envasado al vacío
y sin el más leve olorcito a piel de hembra;
solo, solísimo, solomorfo, solocéntrico.
Y un buen día: " 609, con todo a la guardia ".
Y allá va 609, siempre tan obediente,
con el montoncito de ropa percutida
a comprobar si el asco y el horror
son solubles en libertad.
Allá va 609, con los oídos llenos para siempre
de gritos y de silencios
y con un abono a pesadilla válido por veinte años.
Se equivocaba aquel profesor de Anatomía
que nos decía que un hombre es casi todo agua.
Somos memoria, doctor, memoria comprimida
y no hay más capital que los recuerdos,
frazaditas fieles que calientan en invierno
y no permiten que nos recibamos de Nono en silla de
[ruedas
con la boca torcida y las legañas amarillas.

Heme pues aquí, en los Madriles,
directamente del encierro al destierro,
sapo de otro pozo.
Soy el almacenero gallego de la esquina
(pero ahora en la esquina de ellos).
" Argentino ¿ verdad ? Me pareció por el acento".
Acento de otro pozo.

..//..

RECAPITULANDO,
ESTA TODO EN ORDEN:
zafé del basural y el tiro en la nuca
estoy en la madre Madrid (Madred)
hecha a la medida exacta de un exilio,
tengo un techo en Aluche, fregona y Torres 5,
bono-bus, televisión en colores, El País,
cassettes de Troilo, leche La Asturiana,
una novela para escribir
una compañera de grandes ojos negros
tres amigos, un sobretodo casi nuevo
y Volveremos
como dijo Mac Arthur.

Madrid 1982

&

AUTORRETRATO DE LOS CINCUENTA AÑOS

Cuando las enfermedades vayan extinguiendo
uno tras otro todos los hombres que yo soy
entre los últimos en morir estará cierto poeta
cuyo mayor goce era reunir dos esencias distintas
con el broche de oro de una metáfora.
Pero el último de todos esos hombres
se parecerá mucho al muñequito saludador
de la óptica del barrio donde nací
que indicaba el estado del tiempo
poniéndose o sacándose el sombrero.
Y estoy seguro de que si durante mi agonía
un rayo de sol llega hasta la cama,
el pequeño irresponsable,
olvidando que habita a un moribundo,
se quitará tan campante el sombrero
para saludar al día hermoso.

Toledo. 1990

AUTORRETRATO DE LOS CINCUENTAYCINCO Y PICO

a Pilar

Sereno y servicial (dentro de lo que cabe)
con una oreja en el propio corazón
por si se para
encantado de la vida retirada
enamorado, económico y escéptico
este hombre de barba gris y de ojos negros
desconfía de cruzadas y utopías
salvo que tengan que ver con la Belleza
(que son las peores de todas pero él ya está acostumbrado).
Le hacen feliz Vallejo, la lluvia, el Tajo crecido
Ella al despertar, el vitello tonnatto.
Le ponen triste las tribus, sus ritos bárbaros
y el miedo de los que no pueden defenderse.
No cree en casi nada y sin embargo
sigue escribiendo historias que ya otros han escrito
pero que son las únicas que sabe.
A veces tiene mal genio
(es el estigma de los varones de su familia)
y entonces se transforma en energúmeno.
(Perdón Perdón Perdón).
La gente lo tiene por amable y ocurrente
y hasta hay dos o tres que lo ven guapo.
(A él le gusta pensar que es el Tío Alberto
de la canción de Serrat).
En Toledo encontró su lugar, y se le nota.
Por segunda vez en su vida no sabe qué votar.
Es generoso, excepto con su tiempo.
Aunque parezca mentira
hace sólo unos años que aceptó lo de su muerte
(y sólo porque murió Cortazar y se mueren las rosas).
Mientras, engorda.

Toledo, febrero de 1996

OLA DE PASIONES

Vuelas hacia mis manos marchitas,
me alzas sobre una montaña de besos,
de besos escondidos
que, prendidos en mi cuerpo,
son como un torrente rojo de amapolas...
Como jugando,
me enamoras la piel en cada caricia
adorando mi alma
entre fuegos y escarchas ardientes
donde mi cuerpo ya no existe;
una gigantesca ola de pasiones
nos cubre los rostros y el alma
para que nadie contemple el espectáculo hermoso
del amor más grande.



MI DIOS

A veces quisiera perderme
en ese mundo extraño
que encierra la tristeza alegre de tus ojos
y dejarme llevar por el mar infinito
de tus manos,
para desembocar como un río furioso
en el eterno océano de tu pecho.
Mas regreso ingenua
al mundo mortal y frío que nos rodea,
te contemplo hermoso,
alzado de entre la miseria
inmortal y divino como un dios,
el dios al que yo amo.

ENTRE MI CORAZÓN Y MI ALMA

Te recuerdo en las páginas de un libro,
vuelves como la brisa
jugando con mis sentidos,
haciéndome feliz en cada respirar...
descansas como un ladrón entre mi corazón y mi alma,
apoyado suavemente sobre mi boca
te acercas a mirarla dejando
que me ahogue en el torrente de besos
que aún me guardas...
caminas sobre mi cuerpo
de puntillas, con pies descalzos
y mirada firme,
recorriendo con caricias infinitas
el mar azul de mis senos.



MI TETERA

Sé que no quedó hermosa.
Recrearla pedazo a pedazo,
soñando con su alma oscura de barro
cocido a fuego lento.

En su corazón pequeño
no hervirá más el agua roja,
tal vez la mirarán con descaro
contemplando su fealdad rota...

Qué nos importa,
a pesar de sus carnes maltrechas,
de su dragón ya apagado,
siempre nos parecerá hermosa,
como levantada inmune de un naufragio.



El Júcar tiene el color
verde como la esmeralda.
Verde te quiero conmigo,
verde de verde esperanza.

Cuando deja serranías
deja los trotes ligeros
y gana en sabiduría

Te rapiñan el caudal
pero tú sigues viviendo,
tú no te quieres parar.

Por la Manchuela serena
aunque parece un río solo
siempre tiene compañía.
Las guachaperas lo ciernen
lavando sus roperías.

Es en albercas lunares
por Cubas y por Jorquera
donde baila soleares.

Yo no he visto un río más moro
cuando llegas a Alcalá
y rodeas el peñasco
con la hoz tan natural.

Te adiestras por los cañones
y lamiendo sus gargantas
confiadas y desnudas
te llevas arenas blancas.

El sol calienta los juncos
cuando canta la mañana.
Y el Júcar siente pellizcos
con las perolas gitanas.

Enjuagan aguas el cobre,
tienden romeros pañuelos.
Esparciéndose en el aire
un humo sube en silencio.



A UN RECIÉN NACIDO

Bollisca del Universo
de lluvia y tierra.
Tu madre es la artesana de las estrellas.

Cogollo de jardín de musulmanes,
azahar.
Eres limón.
Saliva agria y jugosa del corazón.

Otros bebieron
la misma fuente.
Hoy tú la orilla,
ellos, el puente.

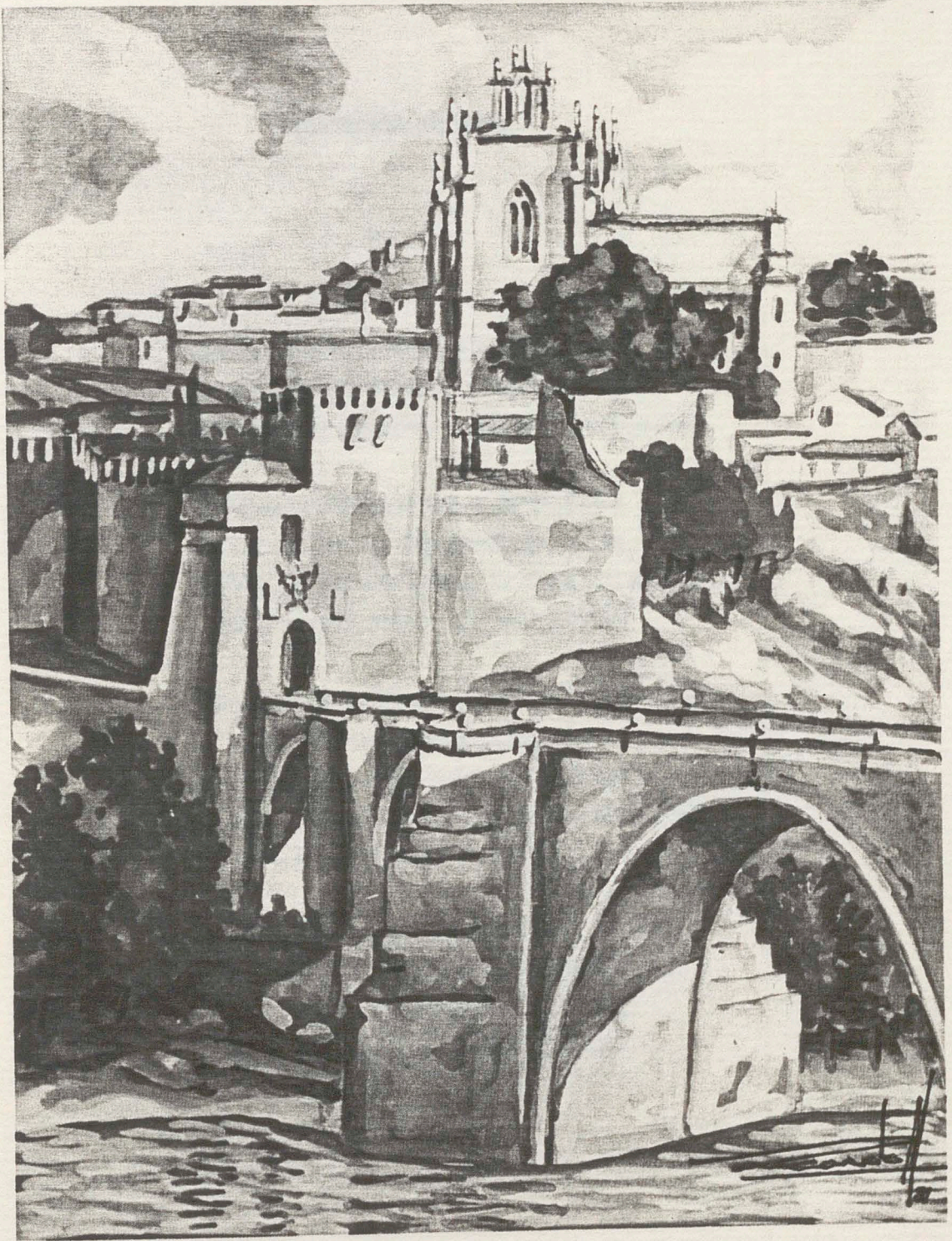
Churumbel de algarabía.
Noche serrana.
El viento silba y ruge por tu ventana.

Por tu ventana, sí,
por tu ventana.
Y el sol te da su beso por la mañana.

Nace la claridad y aumenta el día,
sales de la noche de una bahía.
De una bahía de nubes y noches blancas,
del cielo oscuro y limpio
hacia tu alba.

Arcón de besos,
chiquillo mío.
Tus manos son las llamas del desafío.

Del desafío a lo oscuro.
Tus ojos, perlas.
Perlas de un mar lejano de aguas serenas.



DOS POEMAS DE ABRIL

I

No me ames jamás como te amo,
ni lo pienses, ni tan siquiera imites
esta forma de amor que ya es venganza.

Ámame suavemente, a la manera
de amar que se desdobra positiva,
hablando de ser libre, de encontrarnos...
Todo menos amor, su seca cárcel.

Ámame en la hermosura que te aguarda:
el femenino vértigo de un paso,
la frágil seducción de estar contigo
cuando estrenas la piel que te buscaba
en otra piel ajena e indolente.

Ámame sin amarme, ámame mucho
que de este modo caben tantas cosas,
los demonios domados y las risas
y esos amores ríos de una noche.

..//..



No me ames como yo, no me ames nunca,
alguien se ha de salvar de esta condena
alguien que no soy yo, sin humillarse,
altivo en el amor pero ignorando.

Porque si tú me amaras un segundo
igual que te amo yo durante siglos
nada perduraría de nosotros
ni el final del comienzo de esta suerte.

Porque al amarte así ya es mi venganza
de haber amado el juego que destruye:
odiarte por amarte aniquilándome,
amarte por odiarte si me olvidas.



II

Escribo para ti, para alejarte,
como el león se espanta con el fuego,
como el halcón se libra de la lonja.

Escribo para ti, para matarte,
para hacerte inmortal mientras confiero
a tu ser el olvido necesario
que asume la belleza de la piedra.

Porque quiero borrarte cuando escribo
lo que queda de ti, rojo y humano,
lo que queda de ti más vulnerable:
mi nombre y el deseo de tu nombre.

Escribo para ti sin despedirme...
¿ Puedo arrojar de mí lo que ya es mío,
más interior y exacto que mi médula,
más hecho de mi carne que yo misma ?

¿ Puedo decir adiós a este momento
de soledad de tinta que preciso
para decirte adiós, para dejarte
a solas con mi amor por la palabra ?

..//..

Sé que al morir tu nombre mi voz muere,
sé que al encadenarte a esta escritura
vuelo hasta el fin de ti y de tu caricia.

Otros preguntarán quién eras tú,
apresado, celeste en mi distancia.

Otros preguntarán qué dios es éste
y alrededor de sí tanto vacío
y alrededor de sí qué muerte ardiendo.



MAÑANA DE DICIEMBRE

Aunque en su pensamiento se recogen
oscuras gavillas del cereal que luego ha de ser
harina de tristeza
y dormir para ella es la certidumbre
de un mínimo reposo,
la mañana eleva desde sus campos
frágiles impresiones de Año Nuevo
que no se comprometen
a construir la ansiada fortaleza de la felicidad.

Pero no todo se desliza al frío,
no todo es efímero como el brindis de la noche anterior:
hay un calor, una extraña paz viéndose
complacida con la escarcha, con leves milagros que palpitan
bajo el pardo barbecho.

Es dura esta estación
donde ella se perdona
no haber sido valiente cuando vio repetirse la tristeza.
Es durísima, dice,
esta estación que lleva durando
veinte siglos de pérdidas.

..//..



Pero la mañana empuja un vapor
desde la médula mojada y blanda
donde las lombrices esperan una minúscula sorpresa,
un color que consigue
adelantarse un paso al desencanto.

Y entonces ella piensa
que el Año Nuevo funda cada día
un propósito de no repetirse:
siempre un día primero,
siempre un día robado a la tristeza.



PÁJARO-FRIDA

En los últimos días del verano
le descubro en los ojos la edad de las iguanas.

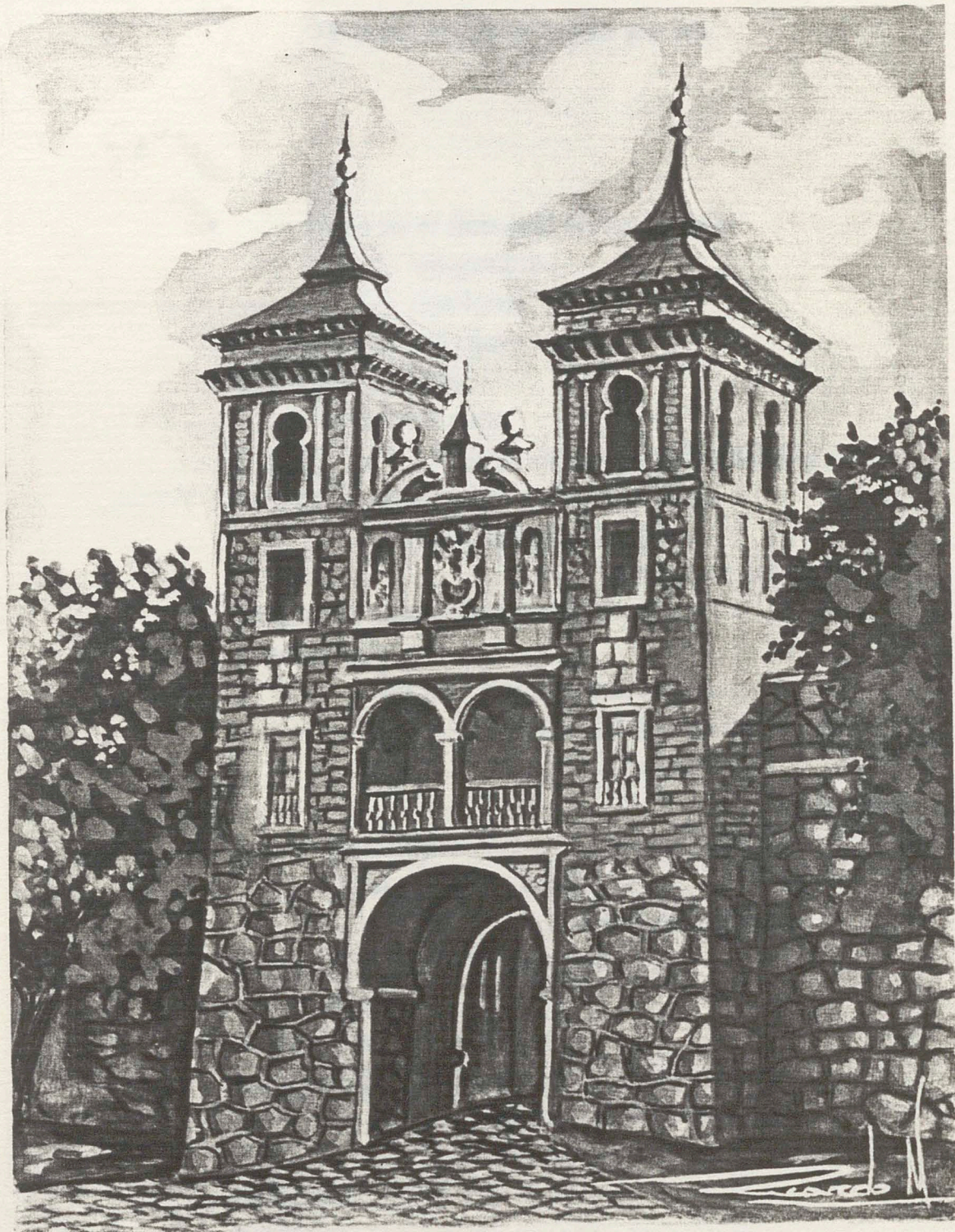
Cuando el verano dice que se da por vencido
y en la plaza del Zócalo
las vendedoras tiñen de naranja sus flores,
yo amo a Diego Rivera.

Yo amo a Diego Rivera
porque hubiera querido ser ave migratoria,
regresar al invierno
con aires de viajera que procreó en las islas.
Él me recibiría complacido
- y la casa arreglada - susurrándome:
¿ No me vas a contar
si bebiste del zumo de la pasión del cactus,
si conociste el ansia del jaguar en tu lengua,
si tan sólo una vez gritaste " Diego "?

Yo lo miro y descubro la edad de las iguanas;
en su mirada roja hay un tiempo viejísimo,
un tiempo de serpientes voladoras
cazando los deseos de la noche,
mordiéndolo el corazón de los guerreros.

..//..





Yo lo miro pequeña y desalada y pinto
sobre mi cuerpo roto
una raíz intacta de su gusto,
un mínimo fragmento de muslo tembloroso
y doy color a la cuevita breve
por si viene cansado de besos verticales.

Yo lo miro y comprendo
que este dios tan antiguo
no se perdió de amor, nunca fue humano.



EL VUELO CURVO DE LA LUZ DEL DÍA

La belleza es el don que se contempla
 enigmática
 ególatra
jugando con sus ojos
buscando un aire
 donde el aire
 es agua en la espesura del trigal
buscando el corazón de los espacios
 calladamente blancos
 azulados los flecos
verdes en sus retornos a la tierra
buscándose
 en las cimas de las torres
 en los sueños umbríos de los puentes
 buscándose
 en el don
que la contempla
 cayendo sobre el día
 igual que el alba
cae en la dulzura de la tarde
 en el ocaso
intromisión de incendio
anunciando a las aves
 el final de la búsqueda
 el retorno
taciturno
hereje
a la prosaica vanidad del buho y la lechuza.



EL SER DE LA CARICIA

Si alguien toca el poema
como un pájaro
escapa a la caricia
como un pájaro
guarda
la lealtad al fugitivo asombro
al fiel perfil del solitario amante
como un pájaro
esconde
en el vuelo hacia el Sol su cuerpo
y hunde
en el aire su rostro
en el vacío su nombre
si alguien toca el poema
lo destruye
como un pájaro
muere en la concavidad
de
los halagos
débil y frágil
ingenuamente atado a la venganza
de la necia impiedad del pensamiento
como un pájaro
se agota en su belleza
se oxida entre silencios
y queda el alba estéril
frío
desnudo
oyendo el aire yermo y amarillo
que no es silbo ni verso ni es aurora.



TEORÍA DEL APRENDIZAJE

I

Sobre yeguas de espaciosas y rosadas encías,
revestidos de riquísimos bordados
y terribles espadas.
llegaron hasta el lugar más íntimo y remoto del Imperio.
Sus ojos, fríos, como una edad antigua.
Sus bestias coceando la luz, mordiéndose los cuellos.
Un miedo, verde y húmedo, de olor a junco joven,
nos guardó tras las puertas.
Tras ellas espiábamos, con horror e incertidumbre,
el asesino lance de los cascos de azufre
y los dientes de limón.
Tras las sólidas puertas... - las ventanas
eran aún llanuras en los sueños -

II

El viejo preceptor enseñaba el arte de besar a los rústicos jóvenes vencidos.
En el salón nocturno,
subido en el estrado
repetía, con aire de aburrida académica distancia,
sin amor ni piedad,
la singular retórica del beso.
Los jóvenes neófitos copiaban en cuadernos manchados de sudor
las obligadas frases que al final del invierno
deberían repetir íntegramente
para poder usar la primavera.
Y el viejo preceptor narraba, rápido y confuso,
en un idioma críptico y extraño,
las aventuras castas de las bocas,
gozando con las previstas penas de un infierno,
que a imagen suya y eternamente, se abría, irremediable,
ante tanta juventud extraviada
por la roja lujuria de los amantes derrotados.



COMO UN POEMA

Por imperativo de la ley os amo a todos.

A unos/as, más; a otras/os, menos.

Muy poco a Ana Obregón y mucho menos a Jesulín de Ubrique.

(el amor es algo genético como lo son los pliegues de la frente,
algunas verrugas y los malos genios.

Se quiere más a algunos/as sin saber bien porqué).

Por imperativo de la ley os respeto y os sonrío

cuando nos encontramos en la calle (no frecuento los bares,
aunque me guste el vino bueno y blanco)

Si me pedís, os doy dentro de un orden.

Si no lo hacéis, mejor.

Con paciencia escucho vuestras miserias y vuestros éxitos.

Respondo con paciencia con los míos.

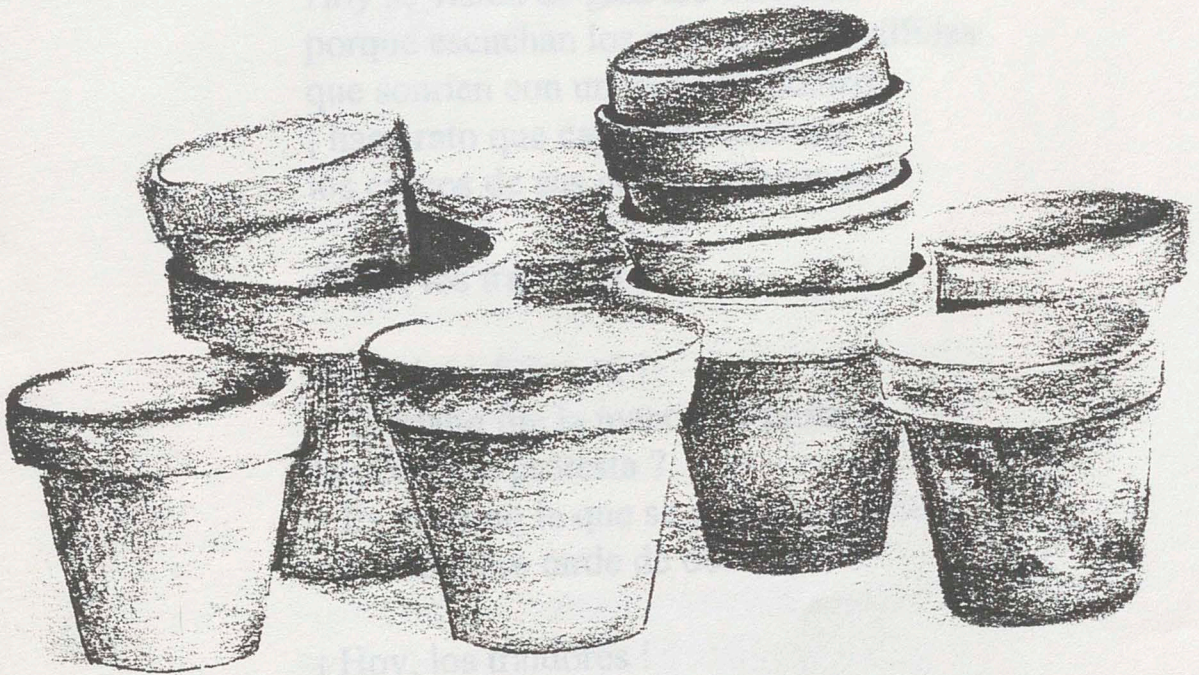
Sé que no sois mejores ni peores que yo.

Mi corazón es algo indiferente.

Pero aún así os amo a todos.

Me gustaría que a mi entierro fuera una multitud de enamorados.





Joaquín

¿Y tú? Sí, tú!
¿Has olvidado ya la larga noche,
la vuelta del oxillo,
o aquel primer amor interrumpido
por el gran pecado del pecado?
¿Pasado el tiempo?

HOY, SUPONGAMOS

I

Hoy se visten de gala los traidores
porque escuchan los cantos de las sílfides
que sonríen con un gesto sardónico:
¡ hace rato que cantan y resuenan
los cascos de sus garras galopando !

¡ Hoy, los traidores !

Antonio, ¿ fuiste tú ?
¿ Tu mano fue la mano que pintara
la flor de la protesta ?
¿ Es tu mano la que se estrecha ahora
a esa fúnebre tarde de domingo ?

¡ Hoy, los traidores !

¿ Y tú ? ¡ Sí, tú !
¿ Has olvidado ya la larga noche,
la vuelta del exilio,
o aquel primer amor interrumpido
por el grito nefando del pecado ?
" ¡ Pecado ! " : ¡ él !

..//..



¡ Hoy, los traidores !

Y es pecado la foto de este lunes
- ¡ no sabe, no contesta ! -
y esa copa de vino envenenado
con que, lerda, sonríes al fotógrafo
porque quieres parar junto a palacio
el lento declinar de tu pellejo.

¡ Hoy, las traidoras !

II

Hoy dicen las arpías que el incendio,
con lenguas de venganza,
comiendo va la selva en derredor.

¡ Calla !
¡ Que callen los timbales, las cornetas !
¡ Que se callen también los pregoneros,
también las plañideras !
Que sólo quiero oír en esta noche,
negra como un tizón,
el llanto de algún niño,
el canto de la madre que lo acune,
los pasos del abuelo, que ,despierto,
sonría con las voces de su nieto.

" ¡ No pasarán !, decían... "

La radio tiene fauces de alimaña
y todos los recortes - ¿ será broma ? -
hablan de un porcentaje de miserias:
¡ que se disipe el tedio,
que falta hace !

" ¡ Ya hemos pasao !... "

Los locos lloran hoy por los pasillos
temiendo que les rompan las ideas,
los besos, las estrellas, los disfraces,
porque un electroshock de historia muerta
se cierne amenazante sobre el teclado gris
de los ordenadores

" La libertad, Sancho, es...
... los más preciosos dones que a los hombres...;
... con ... por la libertad ...
se puede y debe aventurar la vida,
y, por el contrario, el cautiverio es ..."



III

Hoy, supongamos,
la tarta ha agigantado sus porciones.
Un Polifemo atroz se apresta luego
a devorar la suya, que es enorme,
y quiere devorar también la nuestra
- la tuya, la del otro y la del otro -

Nos quedará tal vez una muralla
y un descarnado afán de poseernos,
tú a mí y yo a ti,
como cuando entonces, en que éramos,
sí, novios.

¡ La tuya y la del otro !

Hay papeletas, supongamos,
hasta en los vertederos,
y en los huecos helados de las escaleras.
¡ Qué abismo, Dios, qué abismo !
¡ Qué desolación bajo tantas nubes !

¡ La tuya y la del otro !

Veinte años atrás - ¡ nada menos ! -
habríamos resistido, creo.
- " ¡ A galopar ! ", decía la canción -.

Pero es una jauría de imposibles,
y el árbol de las flores
desmelenas sus ramas
porque la luna llora por la noche
- ¡ de treinta años abajo nada, nada ! -,
y todo es un abismo, Dios, qué abismo.

¡ La tuya y la del otro !

¡ Supongamos, tan sólo supongamos !





SUEÑOS

Recibes todo,
casi todo,
todo absolutamente,
desde fuera de ti.

Es como si vivieras
lejos,
muy lejos de las cosas que no alcanzas.

Y, nada más mirar
aquello que no tienes en ti mismo,
lo buscas en el otro,
en el encuentro.

Porque tiene belleza
acortar las distancias que nos duelen
y unirnos suavemente,
casi sin darnos cuenta,
hacia dentro, muy hondo, del deseo.

..//..



El choque del anhelo,
cuando se da la mano con el sueño,
en clara intimidad,
produce vida nueva
y vierte la mirada hacia dentro
para hallar lo mejor
y, en gesto generoso,
sin dolor,
entregarlo a lo nuevo,
esperando tan sólo contemplar.

Es el sueño de siempre
en un instante abierto,
durante una mirada
que se abre al infinito
y se vuelve a cerrar pesadamente
cuando se estrecha el horizonte.

Porque si vives todo
en un sólo momento,
más prisa tiene el tiempo por correr
que tú por detenerlo.

Y, al final, ¿ qué te queda ?
Tan sólo un dolor nuevo
que, al despertar,
se pierde entre las cosas que no alcanzas.



NO SOY POETA

No corrieron los versos por mis venas,
ni las genialidades, ni las prosas,
ni la belleza humilde de las cosas,
ni las huellas del tiempo en las arenas.

Nunca he sido poeta de azucenas,
de madre selvas, lirios o mimosas,
de cipreses, de tilos ni de rosas,
de cantuesos, tomillos, hierbabuenas,

de la montaña altiva en lejanía.
Ni a los bosques o valles me he prendido,
ni al cielo gris o azul, la noche, el día.

Tampoco en el amor me he detenido,
ni en el valor, el miedo o la osadía.
Nunca he sido poeta. No lo he sido.

MEDIOCRIDAD

Desde el encogimiento, desde todo
lo que me oculta, desde la tibieza,
que destruye lo noble cuando empieza
a querer re-nacer y ya no hay modo,

ni forma, ni manera, me acomodo
en la mediocridad. Esta es la fuerza
que ya no me redime. Hoy comienza
la vida que me queda. Me deslodo

de lo superfluo y de cuanto espero,
de lo que tengo y sé, de lo que puedo,
de lo que un día soñé, de lo que quiero,

de lo que fui y soy. Sólo me quedo
con este intento inútil. Y aún prefiero
el silencio a la voz, la muerte al miedo.



LA BELLEZA EN LA FEALDAD

Nadie se ha detenido
a mirar tu belleza sumergida,
a contemplar la hondura del dolor
que cubre lo que llaman tu fealdad.

Nadie te ha dirigido
una mirada sola y entrañable
que llegara hasta dentro de ti misma,
a la primera capa de tu ser.

Nadie se ha conmovido
ante la realidad que vive oculta
tras la máscara fea de tu rostro,
más allá del engaño de las formas.

Todos nos hemos ido
sin haberte mirado como eres.
Nadie pudo intuir, sin detenerse,
la belleza sin tiempo de tu alma.



MARÍA SANZ

Nacida en Sevilla en 1950, se inicia en los dibujos desde su infancia. "Días
de Sevilla" (1981), "Variaciones en Voluptuos de colores" (1984), "Catedral, Ventanas y otros
Elementos" (1985), "Aquí vivió la Virgen" (1986), "Contemplaciones" (1988), "Arquitectura de
Sevilla" (1989), "Trabaja" (1989), "Aves de paso" (1991), "En apariencia" (1992), "Fotografía
negra" (1991), "Vista por dentro" (1992). Ha publicado en revistas: "Las mujeres de hoy
día". Entre las grandes exposiciones realizadas destacan: "Mujeres y Línea", "Caracas, Caracas",
"Cáceres, Patrimonio Mundial", "Castilla-La Mancha y el Sur", "Provincia de
Sevilla", "Villavieja, Alhambra", "Tina" "Cartas de Sevilla".



la de la vida
Solo cuando nos he
para crear el tiempo.
Aun no te conozco
me sigue siendo ajeno,
pero voy a encender
la luz un día de estos.

María Sanz

Nacida en Sevilla en 1956, es autora de los siguientes libros de poesía: " Tierra difícil " (1981), "Variaciones en Vísperas de Olvido " (1984), " Cenáculo Vinciano y otros Escorzos " (1985), " Aquí quema la Niebla " (1986), " Contemplaciones " (1988), " Jardines de Murillo " (1989), " Trasluz " (1989), " Aves de paso " (1991), " Los aparecidos " (1991), " Pétalo impar "(1991), " Vivir por dentro " (1992). Ha publicado en prosa, " Las mujeres de Don Juan". Entre los premios poéticos recibidos, destacan: " Ricardo Molina", " Carmen Conde ", " Cáceres, Patrimonio Mundial ", " Castilla-La Mancha ", " Leonor ", " Provincia de Guadalajara ", " Vicente Aleixandre ", " Tiflos ", " Carlos Ortiz "...

UN DÍA DE ÉSTOS

¿ Quién apagó la luz
a golpes de silencio ?
¿ Quién bebe en esta copa
oscura de mi cuerpo ?
Ya no sé lo que pasa
de puertas para dentro,
ni cuánto hace que vives,
ni cuánto que me muero.
Tus manos son de brisa,
lo demás es de fuego.
Sólo tenemos noche
para crear el tiempo.
Aún no te conozco
me sigues siendo ajeno;
pero voy a encender
la luz un día de éstos.



FIN DE AÑO

Un eco de campanas,
que no son de este mundo,
consigue que te acuerdes
doce veces de todo
lo que no tendrás nunca;
que doce veces vayas
a mirarte al espejo
y no seas la misma
de siempre. Tú quisieras
ahogar esos instantes
sonoros, verte libre,
al menos doce veces,
del pasado. Suplicas
que un eco de mañanas,
de noches y crepúsculos
te siga rescatando
de tu dolor. Son doce
silencios que te hunden
en la nada de todo
lo que aún no has vivido.



OROPEL

Después de tantas hojas que no tuvieron miedo
de caer, el otoño, buscador incansable
de todo yacimiento, halla un árbol desnudo
y, humillando sus ramas, lo hace brillar de pura
soledad, lo reviste con un viento dorado
y se declara dueño de lo que ya no tiene.

VIVIR POR DENTRO

Vivir por dentro aquí no significa
que me haya apartado de este mundo,
ni que me amolde ahora a algún destino
de los que intentan dar con mi existencia.

No es eso este vivir. Es que un buen día
la sed apremia, y no hallo otro consuelo
que el agua más amarga. Me la ofrecen
unas tardes de abril, unas esquinas
ocultas entre ascuas de geranios,
una brisa aromada en la plazuela.
Y tengo que estar sola, y he de estarlo
para que no se altere nada, mientras
esa sed va abrasando mis sentidos.

Vivir por dentro sólo es encontrarte
al fondo de la noche y asumirme,
venero de dulzura, para luego
enfrentarme otra vez a ese destino
que perdona la muerte a mi existencia.





MANUEL MOYA

Manuel Moya nació en Fuenteheridos (Huelva) en 1960, donde vive actualmente. Tiene varios libros de poesía publicados (La noche extranjera, Las horas expropiadas, Tardes extranjeras...) y actualmente dirige la revista de creación literaria " Sin embargo ". Rodeado por el Nilo de su barba y despeinado, amante del coñac, dibujante de líneas repletas de cinturas, de letra indecisa, su poesía ahonda bellamente en el vello que crece en la piel del asfalto y en la refinera de los bares y en el jardín de las palabras pronunciadas que miran al día que comienza.

(*Santiago Sastre*)

LAIS

Crecían serpientes a sus dedos,
pero ese rostro de luna desguazada
me envolvió:
huí calle abajo vestido de soldado,
las bragas tendidas en todos los balcones
me seguían como yelmos o estandartes
que la sangre a su paso había oscurecido,
quincalla, yo lo sé,
puesta a secar de mil combates.

El olor del muelle repugnaba.
La seguí (tan bella era),
mercenaria, bien, y sonriente,
como un pescado frío dejado en la parrilla.



DIONISOS

Te imaginan perverso, fiel, inconsecuente
y se acercan a ti para obtener consuelo
mies o servidumbre.

Atraviesan sigilosas los tabiques
y, desnudas, te apoderan.

Necia es la virtud
cuando ante ti se alzan tantos velos.



LA ÚLTIMA BATALLA DE AQUILES

Hablaba de una vida tasada a los demás
y se vistió. Dejó el dinero, como siempre,
en la mesilla. Indiferente por aquella
nueva estricta puñalada
de humo en sus entrañas
el chico lo siguió.

Al cruzar la última esquina
dos tipos en un coche lo aguardaban.
No sé más, en la calle se encontró
la foto suya vestido a la clochard,
unas pastillas, la bala que atravesó
su talonario.



PANDORA

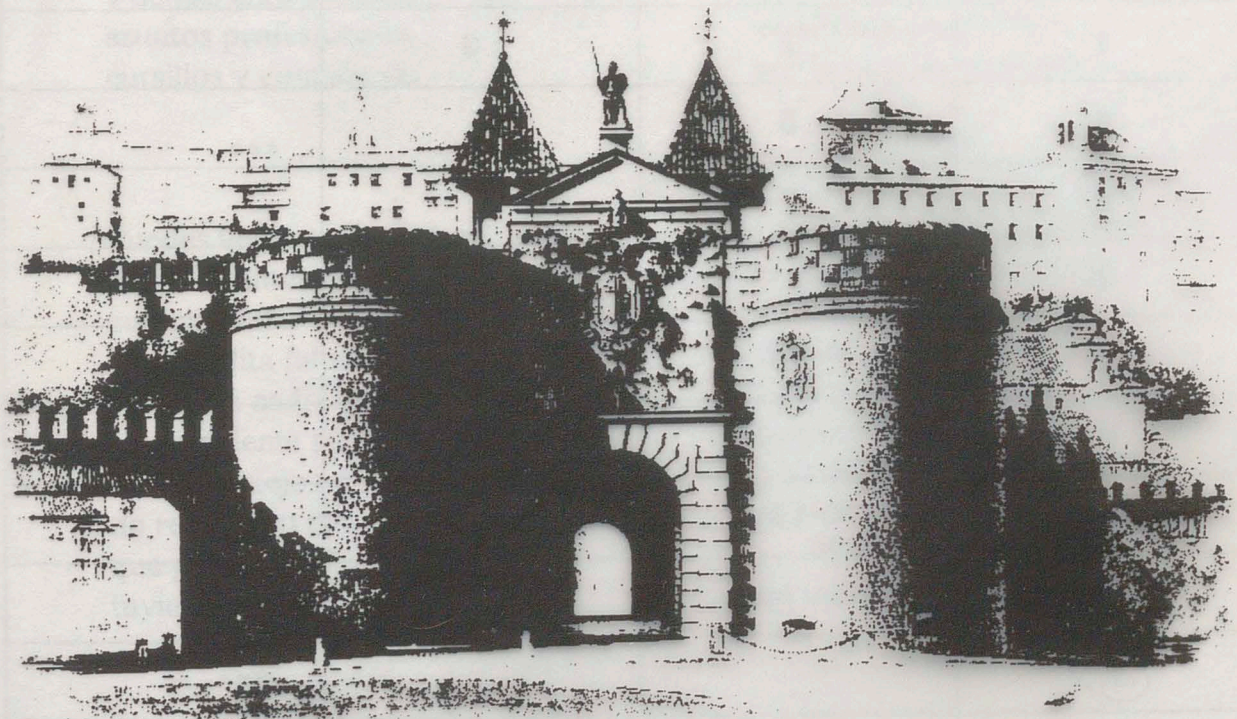
Echa el resto en los bujíos,
pon a cien a esos pringaos.

Arranca bocas, ronronea,
hazte almagre y rota, dales gusto,

sácales luego la pasta y lárgate,
corazón mío.

BRISBANE

Capital of Queensland



Coplas en defensa de la Jornada Escolar Continuada

CARA Y CRUZ

I

CARA

En el mundillo escolar
hay gente la mar de maja,
y alguno que no trabaja,
no nos vamos a engañar.
Se pueden justificar
sin muchas complicaciones
alifafes, depresiones,
y demás enfermedades,
asuntos profesionales,
cursillos y comisiones.

Puedes llegar tarde a clase,
terminar antes de tiempo,
cumplimentar documentos
que maldita falta te hacen.
No habrá nadie que amenace
tu expediente personal:
Los más viejos del lugar
no recuerdan ningún caso
que por huir del trabajo
tuvieran que declarar.

II

CRUZ

Lo que está más castigado
en la jornada partida
es quedarse a la salida
los maestros rezagados.
A diecinueve han cazado
en la última redada:
¡ Son víctimas programadas
que al Inspector de Servicios
se ofrecen en sacrificio
por la escuela traicionada !

¡ Soldados en noble liza
ni humillados ni vencidos,
en la clase sorprendidos
con las manos en la tiza !
El dictador garantiza
que por fin todos iguales,
¡ Ya estamos a los chavales
en valores educando !
¡ ... Y estamos curriculando
las materias transversales !



QUINTILLAS PICANTES

En el hogar solariego
de mi aldea castellana
se conserva como nuevo
el bacín de porcelana
que heredé de mis abuelos.

Noble barro, humilde trono,
reliquia de tradición,
¡ Cómo pasa y cambia todo !
¡ Cuánta ley de educación
del bacín al inodoro !

Han pasado por mis lares
ministros, subsecretarios,
directores generales,
y en tan largo tiempo, ¡ Cuántos
directores provinciales !

Y aquí sigue, todavía,
el bacín en su rincón.
Es tanta la suerte mía
que ni por un director
provincial lo cambiaría.

Si a él por necesidad
tuviera que recurrir,
no se puede comparar:
¡ Es más práctico el bacín
que un director provincial !

Por algo dice el refrán:
" Si a todo le llega el fin,
también es cierto y verdad,
que dura más un bacín
que un director provincial ".

RIMAS RIMERAS CASCABELERAS

café para todos

¡ Descafeinado!, ¡ Con hielo !,
¡ Un cortado !, ¡ A mí " glaçé " !
... ¡ Cuánto pijo puñetero,
¡ A todo el mundo café !
gritó el ruín camarero.

La misma razón sostiene
el que partió la jornada:
¡ Todos café ! dice el jefe
en las aulas toledana...
¡ Y encima con mala leche !

Y el político repite
con pertinaz ignorancia:
¡ Café para todo quisque !
pensando que es democracia
lo que no fue más que un chiste.



Hoy me siento arquitecto.

Puedo crear mis claros y mis sombras. Construyo ágilmente los muros de mi alma que me cobijan o aprisionan y también las columnas que sostienen mi alegría y soportan mis arcos queridos de perspectivas recónditas, fugaces, lejanas. Rompo paredes opacas con la fuerza de la luz de mi entendimiento y hago fuertes los pilares del don, del amor, de la generosidad que no pide explicaciones. Trazo fachadas al levante o poniente, al norte o al sur que engañan a mi extraviado y aparente destino. Las galerías, los salones, las estancias de mi devenir, forman las formas de mi imaginación y acogen mis sentimientos al ritmo de las luces y las horas: ámbitos de arco iris filtrado en la penumbra. O plaza de luz blanca para aplastar el olvido. O fuente de piedra gastada para la lluvia del llanto. Corredores traviosos, siempre marcados. Nunca de parada conocida. Siempre albergue. Nunca prisión. A cada segundo, indecisa decisión.

Yo soy arquitecto de mi ser y el alma que me habita es un palacio con puertas de búsqueda.

Golondrina.

LA CALLE DE SAN LORENZO

I

La calle de San Lorenzo es muy poco transitada: el acelerado paso del fin de siglo no permite el desvío de las gentes por las calles que se salen del circuito habitual de entrada y salida de la ciudad. Y, sin embargo, centenares de automóviles se deslizan a diario, cuesta abajo, muy cerca de ella, recorriendo apresurados la descendente calle del Barco, huyendo del caprichoso laberinto toledano. Símbolos de la prisa que invade nuestros días.

A pie, se puede acceder a esta calle solitaria, en la que se detiene el tiempo, en cuyos rincones ha brotado esa hierba del abandono que, años atrás, poblaba muchas vías de Toledo. Como en una leyenda de Bécquer: soledad, desamparo... Pero la calle de San Lorenzo tiene dos partes diferentes. En la primera - a la que accedemos por la calle del Barco, a la izquierda de un alto pretil -, hay elementos que hablan de este fin de siglo: un buen puñado de automóviles en reposo (aparcados, creo que se dice) y la sucia y fea puerta marrón de un taller mecánico, cuyos reclamos percibimos de inmediato, pues se encuentra enfrente de la entrada a la calle. Los talleres mecánicos son, tal vez, los más horribles signos de la civilización, un cúmulo de sensaciones olfativas, auditivas y visuales capaces de dañar los sentidos del más insensible. Pues allí hay uno de ellos, instalado hace varios lustros según me dicta la memoria. Mal principio para una calle. El ruido de los motores, las voces de las gentes y los mil sonidos inventados en este siglo son audibles desde la puerta del taller. Y en ella placas diversas: " Vado permanente", " RACE " , etc. Sigamos adelante. Esta primera parte de la calle se ensancha luego en la solana que preside la casona conocida como palacio de Munárriz.

Curioso destino el de este nombre; en mi infancia no recuerdo que nadie lo pronunciara correctamente, hasta el punto de que yo mismo dudaba a la hora de escribir estas letras cómo era exactamente. Los vecinos y las gentes de la zona le daban denominaciones siempre extrañas y estrambóticas, que a mí me resultaban misteriosas y le daban al edificio un no sé qué de esotérico. Aunque bien mirado, esos nombres eran ridículos y jocosos: " la Monarri ", " la Almonáriz " eran algunos de ellos, con resonancias simiescas y pretendida procedencia musulmana. El caso es que esta mansión da una prestancia señorial a la calle, en fuerte contraste con el susodicho taller mecánico e incluso con el carácter humilde de la mayoría de los moradores de esta vía (que, dicho sea entre paréntesis, no son muchos). Dice Julio Porres (de referencia obligada al hablar de calles toledanas) que el buen don Andrés Munárriz fue el más famoso inquilino de la casa - amén de ser quien mandó fabricar la campana gorda de la Catedral, cuya visión es hoy negada a propios y extraños- . Por eso se conoce con su nombre, si bien la casa fue habitada antes por otros no menos ilustres vecinos de Toledo, que no viene ahora al caso reseñar.

En la portada del Palacio de Munárriz dos poyos flanquean la entrada. En ellos no es difícil ver (o, al menos, no era difícil), en las tardes otoñales, a algún que otro anciano aprovechando el poco calor del sol. Hay personas para las que tampoco pasa el tiempo. En Toledo, el contraste entre modernidad y pasado es continuo: tomar el sol en otoño significa la lentitud, el hastío de la vida decimonónica, al lado de automóviles aerodinámicos que pueden superar - si así lo desean sus conductores- los doscientos kilómetros por hora.

La proliferación de estos artefactos es cada día mayor, y quienes los mueven acceden con ellos a los más recónditos lugares de nuestra ciudad, pero, al llegar a la segunda parte de la calle de San Lorenzo, se tienen que fastidiar, apearse y continuar andando,

porque en este tramo, las casas de ambas aceras se aproximan entre sí, como si quisieran besarse y ocultar sus secretos a los coches estrechando el paso. Y aquí encontramos de nuevo el siglo XIX, con un Toledo como el galdosiano de Ángel Guerra, mitad poblachón, mitad ciudad muerta, anclada en su pasado glorioso. Y religioso. Pero decadente y ruinoso, como la iglesia de San Lorenzo que da nombre a la calle. El pórtico que daba acceso a este templo se encuentra en un creciente estado de abandono. Una reja oxidada protege una destartada puerta y, entre ambas, se hacina la basura del siglo XX: latas de refrescos, bolsas de plástico, papeles de periódico... Todo ello entre hierbajos y tierra removida.

Un nuevo contraste: los restos mortales de una parroquia ya en activo en el siglo XII (y que se sustenta, a todas luces, sobre una mezquita árabe de los tiempos precastellanos de Toledo), junto a los restos mortales también, de claros indicios de nuestro decadente tiempo. Lo antiguo y lo moderno; ni siquiera en este reducto del pasado que sabe a romanticismo becqueriano podemos huir de los síntomas de la civilización apresurada de los días que corren. Y si no, echemos un vistazo a la parte izquierda del pórtico arruinado y veremos que allí pretende esconderse una torre de alta tensión en la que convergen cables de los que surcan el cielo para iluminar las casas de los vecinos con la luz eléctrica. En los barrotes metálicos de este torreoncillo moderno hay una placa grisácea con un bajorrelieve de una calavera y la inscripción: " No tocar ". De pequeño me reía yo de estas prohibiciones, y no había lugar en el que figurara la citada calavera, que yo no tocara cada vez que pasaba por allí.

En mi infancia la iglesia de San Lorenzo estuvo ligada estrechamente a mi vida. La guerra civil convirtió en ruinas la parroquia y trajo sobre ella el abandono y la desolación. Pero andando el tiempo, resultó que el templo volvería a tener vida, sólo que con una actividad muy diferente a la que caracterizó antaño: paso a convertirse en pabellón polideportivo en el que practicábamos el deporte y nos solazábamos en los recreos escolares los estudiantes del cercano colegio de Infantes, que la gente conocía entonces como los " seises ". Y un día ya lejano, cuando estaban acondicionando el arruinado templo para la actividad física, pasamos por allí tres o cuatro muchachos a interesarnos por la marcha de los trabajos de lo que sería nuestro " patio " de recreo. Guardo de aquel día un recuerdo imborrable. Una señora barria el pórtico - justo donde hoy se acumula la basura - y entre los desechos de su labor rodaba, a los golpes de la escoba, una calavera humana. Mis amigos y yo asistíamos atónitos a estos hechos. Junto a la señora que limpiaba había dos o tres hombres más y ninguno se asombraba mucho ni poco de la presencia del cráneo. Sólo la barrendera dijo:

- ¡ Niños ! ¡ No os acerquéis ! ¡ No toquéis eso !

La verdad es que mi deseo - y supongo que el de mis acompañantes - no era otro que el de apoderarme de la calavera y llevármela conmigo. ¿ Para qué ? Misterios de la mente infantil. Nunca había visto tan de cerca un resto humano y me hubiera gustado examinarlo con detenimiento, manoseándolo bien, metiendo los dedos por las vacías cuencas de sus inexpresivos ojos. Uno de mis pensamientos en aquellos instantes de contemplación extática, se lo dediqué a Felipe, el esqueleto de goma con el que don Pedro nos enseñaba la composición anatómica del cuerpo humano. Y quizás por eso me atrajo más la calavera, porque me recordaba a Felipe, entrañable compañero que habitaba en algún recóndito habitáculo del vetusto edificio del colegio de Infantes.

Ahora casi me estremezco al recordar la irreverencia de la mujer que barria, que no cesaba de golpear con la escoba - como para apartarla de su lado -, aquella calavera, que sin duda debió de pertenecer a algún humilde cristiano de los que recibían sepultura en el cementerio parroquial de San Lorenzo.

No hace muchos días, en uno de mis paseos por este Toledo finisecular, me detuve ante la puerta de la iglesia, recordando aquel episodio de la infancia, y me acerqué a la verja, pisando papeles y plásticos, para atisbar el interior del edificio en ruinas; no era posible ver nada porque la puerta de madera, aunque vieja, ocultaba firme su contenido. Cuando me volví, me encontré de frente con un hombre vestido a la usanza de los románticos, todo de negro, con una camisa blanquísima y una perilla que alargaba algo su rostro, orlado por rizados cabellos negros. Me asusté bastante, por supuesto.

- ¡ Bu... Buenos días ! - balbucí -

- ¿ Usted por aquí, don Carlos ? - me preguntó el romántico con una sonrisa en los labios - ¿ Ha terminado ya la misa de ocho ?

Y me asusté más.

- Pero... ¿ qué le pasa don Carlos ? Parece que ha visto usted un fantasma.

- E... eso parece, sí señor - manifesté de inmediato.

- ¡ Vamos ! Le acompañaré en su paseo matutino, ya que llegué tarde a misa. ¡ No sabe usted el trabajo que me ha costado levantarme de la cama ! - y mientras decía esto me cogió del brazo y me condujo hacia la salida de la calle.

Al dar la vuelta sobre el pórtico vi con horror que, tras él, no estaba la torre de alta tensión a la que aludía arriba. Quise zafarme del brazo de mi acompañante, pero él me retuvo con fuerza.

- ¡ Hay que ver qué raro está usted hoy, don Carlos ! - exclamó con un tono de reconvención en la voz - . ¿ Dónde quiere ir usted hacia atrás ?.



- A ningún sitio, don Baldomero, es que me apretaba usted mucho el brazo - me sorprendí diciendo.

Y me asusté otro poco más. Había llamado por su nombre propio a aquel hombre del pasado. Y parecía no equivocarme de nombre, porque él no se inmutó.

- ¡ Ah ! ¡ Perdone ! - dijo - Últimamente tengo esa tendencia. El otro día me lo dijo mi Leocadia cuando la ayudé a pasar un charco en la calle dándole la mano. ¿ Y su señora, doña Luzdivina, qué tal sigue ? - añadió sin solución de continuidad.

Y yo:

- ¡ Bien, bien ! Ya se le pasaron aquellas fiebres y ahora está recuperándose. Hemos pensado ir a pasar unos días al cigarral de los Conde, para que esté en contacto con la naturaleza.

Y era verdad, ¡ qué demonios ! Luzdivina - que era hermosa como su nombre - necesitaba respirar el aire puro del campo. Yo la mimaba en exceso, como a una niña. No teníamos hijos y ella era para mí toda la ilusión, toda la vida. La mimaba, sí, y la cuidaba. Quizás ninguna mujer se sintiera tan atendida y querida como mi Luzdivina.

III

Un día del mes de noviembre de aquel año de 1843, hablaban y cosían juntas, en el corredor de nuestra casa de la calle de San Lorenzo, Luzdivina, mi esposa, y Leocadia, la de mi gran amigo don Baldomero Hinijosa. La casa era el número 10, y la galería - de estilo plateresco - en la que estaban al sol las dos mujeres, daba a la portada misma de la iglesia y, enfrente, a la entrada de la casa de don Baldomero, con una pequeña puerta que conducía a un jardín pleno de vegetación, que arropaba la vivienda del matrimonio, también sin hijos.



Mientras yo descansaba en una habitación contigua a la galería, escuché la conversación de las dos mujeres.

- ¿ Ha sido en el Valle ?- preguntaba Luzdivina.

- Sí, junto a la ermita. Yo salía de rezar a la Virgen cuando le vi, sentado en un poyete, junto al camino que desciende hacia el arroyo de La Degollada.

- Y, ¿ te dijo algo ? - inquirió mi mujer.

- No - le respondió Leocadia-. Sólo me miró, pero ¡ con qué intensidad ! ¡ Qué mirada ! Me turbé y seguro que me ruboricé, pero seguí mi camino hacia el coche en el que el cochero me aguardaba pacientemente. No miré atrás y, tan ensimismada iba en mis pensamientos, que al pasar junto a los caballos me asusté de un imperceptible movimiento de uno de ellos.

- Y, ¿ luego ?

- Luego vino mi zozobra - afirmó melancólicamente Leocadia-. Al entrar en el coche, él estaba allí, sentado, y me miró de nuevo, con la misma intensidad. Yo ahogué un grito y él me cerró la boca con un beso larguísimo, obligándome a sentarme a su lado. El coche emprendió la marcha. Mientras avanzábamos, su beso se prolongaba y yo, entreabriendo los ojos, veía el paisaje a través de la ventana del coche. Me di cuenta de que no volvíamos a casa.

- Y, ¿ dónde te llevó ? - se interesó Luzdivina.

Pero yo no pude oír más, porque bajaron tanto la voz en ese momento, que sólo percibía el silbo sinuoso de las eses. Al final, me quedé dormido; mi curiosidad no pudo vencer al sueño.

Desperté como una hora después. La conversación de las mujeres seguía y había retomado su tono normal. Escuché estas enigmáticas palabras:

- Puede ser por la mañana. Baldomero regresa de pasear hacia las once.

- Como Carlos, casi siempre vienen juntos.



Al oír mi nombre, mi atención se acrecentó.
- Te estaré esperando a las diez, Luzdivina. ¿ Te acordarás de llevarlo todo ?
- No te preocupes, Leocadia, no olvidaré nada.
Y se callaron. Y no dijeron nada más. Yo quedé perplejo y me maldije por haberme dormido.

IV

No pasaba nadie por la calle de San Lorenzo en aquella tarde fría del otoño. Las piedras irregulares que formaban el suelo brillaban con la caída del día, húmedas por la incipiente escarcha que empezaba a enviar la vecina noche. Yo regresaba a mi casa procedente del casino, donde había estado charlando con unos amigos frente a sendas tazas de café. Comentamos cosas anodinas, lánguidas, como la misma tarde de la que nos resguardábamos tras los cristales del casino, mientras veíamos el gris semblante del cielo y de los edificios circundantes, contagiados por él. Cuando me adentré en mi calle, al llegar a la plazoleta que se forma frente al palacio de Munárriz, mi mente cavilaba sobre las palabras que el día antes sorprendí en la conversación de Leocadia y Luzdivina. El hecho de que don Baldomero no acudiese al café del casino aquella tarde, cargaba de mayor misterio el enigmático diálogo de las dos mujeres, en el que el nombre de mi amigo había sido mencionado.

La tarde era ya casi noche en el momento en que me disponía a abrir la puerta con el llavín, pero un casi imperceptible susurro me detuvo. Provenía del atrio de la iglesia, y, en un primer momento, no pude identificar si era voz humana o ruido indefinido.

Me acerqué hacia el lugar y, entre las sombras pude distinguir un bulto móvil que rápidamente asocié con una figura femenina. La mujer, con un veloz movimiento, se adentró en el templo, como si quisiera esquivar mi presencia. Cuando yo accedí al interior de la iglesia, la sombra se había confundido entre otras que rezaban devotamente el rosario.

Volví fuera. La noche avanzaba y mi extrañeza no alcanzaba un límite. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Por qué huyó de mí? O yo había exagerado mis apreciaciones y, en realidad, la mujer no se fue por mi causa o, qué duda cabía, me conocía y no quería que yo la viese allí. Tan preocupado entré en mi casa que no me percaté de la ausencia de Luzdivina hasta pasado largo rato. Pregunté a la doncella y la respuesta no pudo ser más lacónica: "Ha salido". Decidí ir a casa de don Baldomero, por si mi mujer había ido a visitar a Leocadia, pero allí no había nadie; ni la servidumbre. Entré en San Lorenzo, con la esperanza de distinguir entre las devotas, ya no sólo a Luzdivina, sino también a Leocadia. Sin saber por qué, mi estado de nervios me preocupaba y me dominaba un cierto agobio y un temor creciente de que algo malo estaba ocurriendo. Frenético recorrí las filas de bancos de la iglesia, mirando una a una a las mujeres, quienes, sin interrumpir sus letanias, me miraban extrañadas, fugazmente, apartando de mí sus miradas, como si adivinaran en mi rostro la faz misma de Satanás. ¡Ninguna de ellas era Luzdivina ni Leocadia! El horror se apoderó de mí y eché a correr hacia la calle. Al cerrar a mi paso la puerta de la iglesia, y sin tener tiempo a salir del pórtico, una voz mitad súplica y mitad llanto, con un claro tono gutural y un mucho de espectral, me heló la sangre con un escalofrío:

- ¡Caaarlooooooos!

Me pareció una voz de hombre, pero nadie estaba en el pórtico de San Lorenzo aparte de mí. El lamento, que se repitió, parecía venir de detrás de una de las paredes laterales del atrio.

Presa del pánico y atacado por la histeria, escapé de allí entre las sombras de la noche, que ya cerraba. Al volver de nuevo a mi casa, pasado algún tiempo, Luzdivina me aguardaba, intranquila, sentada en el gabinete, con un libro en sus manos.

Casi sin hablar palabra nos comunicamos nuestras respectivas angustias por la ausencia que cada uno habíamos notado en casa: yo la de ella y ella la mía, tras cenar frugalmente, nos fuimos a dormir.

Yo no podía conciliar el sueño y terminé levantándome, atormentado por los recuerdos de aquella tarde siniestra con regustos fantasmales. Pasé al gabinete y enseguida mis ojos se fijaron en el libro que tenía Luzdivina cuando llegué. Estaba abierto por una página en la que se leía, con sólo mirar, el epígrafe de lo que parecía un cuento: " Crimen de otoño ". Leí el relato a la luz de un candelabro. Era breve, pero intenso y, sobre todo, sobrecogedor:

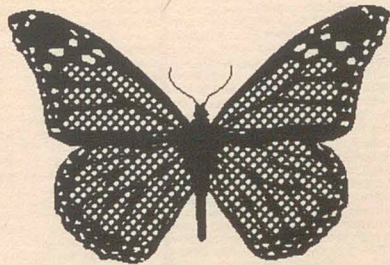
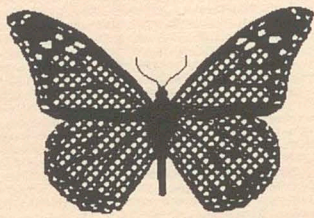
" Las dos mujeres mataron al hombre dándole de beber un potente veneno, de efecto fulminante. Una de ellas parecía ser su mujer, muy bella. No paraba de decir que estaba ansiosa por verse en los brazos de Álvaro, fríamente, sin tener en cuenta la presencia del cadáver de su marido. La otra mujer, muy nerviosa, se apresuraba en la preparación de un macabro instrumental que, a todas luces, serviría para descuartizar el cuerpo inerte de Baldomero, pues así se llamaba en vida el difunto. Tardaron varias horas en seccionar a su víctima, mientras la que fue su esposa suspiraba por Álvaro. Cuidadosamente, fueron sacando luego los restos, poco a poco, y los enterraban en el pequeño atrio que da acceso a una iglesia situada frente a la casa en la que cometieron el crimen. Con una escalofriante frialdad, las dos mujeres decían a los transeuntes que les preguntaban por su incesante labor, que estaban sembrando unas exóticas semillas que darían, cuando floreciesen, un aspecto más agradable al pórtico de la iglesia. Acabada su labor, Leocadia y Luzdivina entraron al templo para rezar el rosario vespertino.



No es mentira lo que cuento, pues así lo oí contar a la propia Luzdivina, quien, arrepentida narró los hechos ante la justicia, de la que yo soy ejecutor. Piense cada cual lo que quisiere. "

Cuando terminé de leer esto, el horror ya se había apoderado de mí. El relato, insertado en un libro antiguo, me narraba unos hechos que, a todas luces, habían tenido lugar aquel mismo día, en mi misma calle. Y mi mujer, la que yo consideraba un ángel, había participado en tan macabra acción. Lo más rápidamente que fui capaz, me vestí y bajé corriendo a la calle. En la puerta de San Lorenzo, bajo el pequeño vestíbulo del pórtico, Leocadia y Luzdivina barrían el pavimento y, con sus escobas, se pasaban de una a otra la cabeza de don Baldomero.

Miré entonces a la izquierda de la puerta, con miedo y esperanza, y distinguí fácilmente la torre de alta tensión junto a la entrada de San Lorenzo. Volví mis vista a la iglesia y no encontré en ella sino la basura del siglo XX: latas, botellas de plástico, papeles... Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo. Caía la tarde y empezaba a refrescar. Me envolví todo lo que pude en mi abrigo y descendí por el tramo final de la calle de San Lorenzo: una casa de reciente construcción, a la izquierda, me tranquilizó, y mientras miraba el cielo plomizo del otoño, con una fuerte tonalidad rojiza, di conmigo en el callejón de las Benitas, cuyo recorrido evité, pues no olvidaba que hasta hacía poco se había llamado de los Muertos. Giré, pues, a la izquierda, hacia el convento de San Pablo y, acelerando el paso, pronto llegué fuera de aquel laberinto callejero y me arrimé al pretil que, en la ronda llaman comunmente " la Cornisa ", dominaba todo el Valle y el lento caminar del Tajo. Respiré el aire del siglo XX cuando un autobús urbano, poblado de luces en su interior, escupió a mi lado los gases provocados por la combustión del gasóleo.





Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

